

Santa Muerte
Parte 2

Santa Muerte

Parte 2

Steffany Kennels



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Steffany Kennels 2026

© Entre Libros Editorial 2026

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: marzo 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-16-2

Depósito legal: AL-0092-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Si matas a una cucaracha, eres un héroe.

Si matas a una mariposa, eres malo.

La moral tiene criterios estéticos.

Friedrich Nietzsche

*Si no eres el amor de mi vida, diré que
me equivoqué de vida, pero no de amor.*

William Shakespeare

CAPÍTULO 1

*«En realidad, solo existe la dirección que tomamos,
lo que puede haber sido ya no vale». (Mario Benedetti)*



Alanna se marchaba. O se la llevaban. En realidad, tanto monta monta tanto, porque por primera vez en mi vida no era capaz de discernir la diferencia.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza al darme cuenta de que con la morena esa primera vez en mi vida empezaba a convertirse en un habitual; la primera vez que una víctima me importaba demasiado, llevándome su compleja situación al terreno personal. La primera vez que me sentía inútil y paralizado, sin saber qué hacer, cuando, por deformación profesional, lo lógico era que saliera tras ella y los tipos con los que se había largado. Y, lo más perturbador de todo, la primera vez que era comedido e incluso pensaba en cómo actuar o cómo acercarme a ella antes de hacerlo.

—¿Qué cojones te pasa, capullo? —me reprendí en un susurro y negué con la cabeza.

Aferré el collar de Django con mayor ímpetu cuando el chuchito se revolvió para que le soltara y, así, poder seguirla. Tal y como se suponía que debía **hacer** yo. Sin embargo, mi cuerpo se negaba a reaccionar.

No era capaz de dar ni un maldito paso porque, en realidad, no se la habían llevado. Y tampoco es que la morena se hubiera marchado alegremente con ellos. Más bien, yo se la había entregado. Aunque en el fondo tampoco había sido así, pero, de manera irracional y sin ningún tipo de fundamento, me sentía culpable de la decisión que, desde luego, yo no había tomado.

Una situación que, de una u otra manera, iba a darse. Que, junto a José, en el aparcamiento antes de salir hacia la unidad esa misma mañana, no me había quedado más cojones que aceptar contra la voluntad de lo que verdaderamente deseaba. Pero no así, ¡joder! Con ella desangrándose, sin saber cuál sería su paradero o si volvería a verla con vida.

—¿Qué estás haciendo? —articulé en un apagado silbido, en cuanto se cerró la puerta del ascensor y la perdí de vista.

La catarsis en la que me había sumido y que me hacía verlo todo a mi alrededor como si yo no fuera más que un espectador impotente, sin posibilidad de hacer nada por ella, era desmesurada. Al fin y al cabo, no había sido yo quien había optado por llamar a esos tipos para pedirles ayuda. Es más, pensándolo bien, no había tenido ni voz ni voto en todo el asunto. Como ocurre en ocasiones con la propia vida, las circunstancias y la propia situación me **habían** arrollado, porque tampoco es que me hubiera dejado llevar.

Podría decirse que lo que sucediera desde ese momento en adelante no era mi responsabilidad. Sin embargo, el problema era que no me veía capaz de tomar una distancia profesional

que se me antojaba muy hipócrita. De la misma manera que tampoco era capaz de identificar lo ocurrido como si fuera un simple suceso aleatorio. De esos que uno ve en el telediario del mediodía, que no van contigo, sobre los que no tienes ninguna responsabilidad y que, por tanto, no podrías haber evitado.

Al ir a frotarme el rostro con el dorso de la mano con la que sujetaba la pistola, me percaté de que las tenía manchadas de sangre.

De su sangre.

La dejé caer, con la mirada perdida en el color carmesí que me cubría los dedos, sin soltar el arma.

No podía. Tenía todos los miembros agarrotados. Y no precisamente porque unos tíos hubieran llegado a mi casa a punta de pistola.

—Dios, ¿qué coño he hecho? —Dirigí de nuevo la vista en la dirección por la que Alanna había desaparecido.

Me había quedado bloqueado.

No sabía qué hacer.

Solo era consciente del galope de mi corazón y del pulso acelerado que me alentaba a salir corriendo tras ella y los mexicanos que se la habían llevado. O con los que se había ido. Seguía sin tenerlo del todo claro y verla marchar con una herida de bala no me pareció lo más tranquilizador, las cosas como son.

De ahí esa horrible sensación de haberme comportado como un traidor hacia la institución a la que representaba, por colaborar en lo que, a todos los efectos, podía demostrar que era una puta locura —tal y como había mantenido desde un principio cuando ella misma me lo planteó—, y hacia mí mismo.

Quizá había llegado la hora de reconocer que estaba acojonado, y no solo porque en esa ocasión los malos pudieran apuntarse un tanto.

Me daba pánico pensar que no volvería a verla. O que nunca tendría la oportunidad de intentar explicarle todos esos sentimientos encontrados que me nublaban el entendimiento cuando estaba cerca.

Y ese cabrón, el tipo que se la había llevado en brazos... Hice de mis labios una fina línea y apreté la mandíbula hasta que me crujieron las muelas al no tenerlo frente a mí para poder saltarle las suyas de un puñetazo.

No me hizo ni puta gracia presenciar cómo la miraba.

No sabía qué derechos se pensaba que tenía sobre Alanna. Ni de qué se conocían, pero por cómo se dirigió a ella con su mierda de cielito lindo, mamacita y demás jerga de tocapelotas empalagoso me hacía pensar que no era la primera vez que se veían. Y, siendo sinceros —al menos conmigo mismo—, no sabía qué era lo que más rabia me daba: si el hecho de que ella hubiera pasado por alto que había mantenido contacto con un tipo como él y las libertades que se había tomado con mi morena ese matón de medio pelo —al que no dudaría en pasarle tres veces por encima con el coche como le pusiera las manos encima— o que Alanna hubiera aceptado de buena gana su ayuda sin mandarlo a la mierda, como hizo conmigo la primera vez que nos vimos.

Bufé y negué con la cabeza. Vale. A lo mejor lo estaba sacando todo un poco de quicio y de contexto. Y ¿a qué coño había venido eso de mi morena? ¿Desde cuándo mi subconsciente había pensado que Alanna era algo mío? Porque debía ser cosa suya, ya que mi parte racional no estaba al corriente. O a lo mejor sí y, de ahí, lo que supuse que debían ser celos. Toda una novedad teniendo en cuenta que, hasta que no la conocí, no había tenido el placer de sentir algo similar.

Me abofeteé mentalmente y me puse manos a la obra. Con ellas cruzadas no podía quedarme. Tenía que ir tras ellos. Ase-

gurarme de que ella estaba bien y que salía con vida. Así que me las ingenié para arrastrar a Django hasta el salón, que seguía en sus trece de salir corriendo escaleras abajo. Cerré la puerta y descendí con la pistola en la mano, bajando los escalones de dos en dos desde el ático hasta el portal, donde frené en seco al ver la escabechina que esos hijos de puta habían hecho con el pobre Joaquín, el conserje.

—Virgen Santa —susurré, ahogado por un temor al que no me había enfrentado nunca y que solo podía comparar vagamente con el que había sentido por José cuando nos habíamos enfrentado a unos malos malísimos, con balas de por medio y el cabrón de mi amigo no daba señales de vida.

Tragué para deshacerme del nudo en la garganta que me impedía respirar con normalidad, al imaginarme a la morena en una situación similar por mi culpa.

Atravesé el vestíbulo sin poder apartar la vista del cuerpo del pobre hombre, que yacía desmadejado en su silla, con los brazos colgando de cualquier manera, la cabeza en un ángulo antinatural hacia atrás y la pared que había tras él salpicada de sangre.

Traté de no pisar las huellas que a esos desgraciados no les había importado dejar por todo el rellano.

Los disparos no se habían escuchado, por lo que deduje que los tipos habían ido preparados con silenciadores que debían haber quitado antes de llamar a la puerta, porque el arma de ninguno de los dos que acompañaba al que cogió en brazos a Alanna lo llevaba puesto cuando me apuntaron. Lo que me planteaba un escenario cada vez menos halagüeño para ella si los planes que mi morena tenía en mente se torcían. «La. La morena», rectifiqué de inmediato mentalmente.

Me concentré en estudiar el escenario para mantener los nervios a raya y no que pulularan a flor de piel.

Con solo ver dónde estaba colocada la silla de Joaquín, corrida hacia atrás, y conociendo a ese pobre hombre al que unos desalmados habían truncado sus planes de jubilación, podía hacerme una idea de lo que había ocurrido.

Seguramente, al entrar, el conserje les habría preguntado adónde se dirigían. Puede que, incluso, les llamara la atención. Lo más probable era que ellos no le hubieran contestado. Joaquín habría hecho el amago de levantarse de la silla para impedirles el paso y ¡boom!

Ese había sido el error de aquel pobre diablo. No le habría dado tiempo a despegar el trasero de la silla. En cualquier caso, el mensaje era muy claro: apártate de mi camino.

Los mexicanos habían recibido la orden de ir en busca de Alanna y estaban dispuestos a cumplir su cometido a cualquier precio, sin importarles lo más mínimo a quién se llevaran por delante.

¿En qué posición dejaba eso a la morena si descubrían que regresar junto a su familia no era más que una tapadera para infiltrarse en su organización y conseguir dismantelarla desde dentro?

Di una ingente bocanada de aire al salir a la calle, mirando hacia un lado y hacia el otro, desesperado. Buscándola a ella y a los hombres que se la habían llevado entre la gente que comenzaba a arremolinarse frente a la puerta del portal, alertados por el dantesco cuadro que dejaba a mi espalda y que podía verse a través de las grandes cristaleras.

—¡Suelta la pistola! —me gritó uno de los agentes que acababan de llegar y que había saltado del interior del coche patrulla como un gamo.

Su compañero cruzó el vehículo a escasos metros frente a mí, a modo de escudo.

La gente echó a correr despavorida, alarmada por la sangre que me cubría las manos y el arma que sostenía en una de ellas.

—¿Qué? —le pregunté, desubicado, cuando lo enfoqué.

Había entrado en modo depredador.

Buscaba a mi presa y a sus captores entre las cabezas que huían. Por lo que no me extrañó que ese hombre al que no conocía de nada —y que no sabía que yo era de los suyos— desenfundara su pistola. Como tampoco que su compañero, el que aún no había salido del coche, pidiera refuerzos. Más cuando podía imaginarme el rictus sombrío de mi rostro: a caballo entre las ganas de asesinar a los mexicanos y el miedo a no saber qué sería de ella.

—¡Suelte el arma y coloque las manos donde pueda verlas! —me ordenó, parapetándose tras el morro del vehículo, al que se le sumaron tres que entraron derrapando en la plaza.

—Cojonudo —espeté.

Pronto llegarían más refuerzos. No podía avanzar sin arriesgarme a que me pegaran un tiro. Y no podía explicarles a gritos lo que había ocurrido sin poner en peligro a Alanna. De la que, por cierto, no había ni rastro. «¡Joder!!».

Me agobié al verme envuelto en un *déjà vu*. Una situación muy similar a la que había sucedido en casa del comisario, pero a la que en esa ocasión podía acompañar un trágico final que no estaba dispuesto a aceptar.

Para poder avanzar sin montar un escándalo mayor iba a necesitar la ayuda de una persona en concreto. La única que, por el momento, no queríamos que se enterase de nuestros planes por no estar del todo seguros de si nos la podía jugar con los de arriba: mi nueva jefa, Cayetana.

Como si del mismísimo demonio se tratara, en cuanto me vino a la mente la imagen de su rostro, apareció a lo lejos en un taxi junto a José.

Enarqué una ceja al verlos salir; a mi amigo con la cara desencajada y a ella como si hubiera nacido con un palo metido por el culo.

No era que las circunstancias estuvieran como para tomarse unas cañas, pero mostrar un mínimo de preocupación no iba a provocarle urticaria, cojones.

Seguida muy de cerca por el lisiado de mi compañero, Cayetana se acercó a uno de los policías municipales que acordonaban la zona y que echaba hacia atrás a los morbosos que parecían querer saltarse el cordón policial para sentarse con una bolsa de palomitas junto al desequilibrado que seguía con la pistola en la mano sin ánimo de soltarla. Es decir, un servidor. Los típicos imbéciles que querían situarse en primera fila para presenciar una masacre.

Elevé las manos por encima de la cabeza y suspiré, más o menos aliviado, cuando la vi abriéndose paso con su traje ejecutivo y sus tacones de aguja entre los agentes, que fueron guardando sus armas según José hablaba con ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —Fue directa al grano.

Levantó la vista por encima de mi hombro, en dirección al portal, a través de cuyas puertas podía verse el cadáver de Joaquín.

Bajé las manos. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Qué le habría contado José? ¿Por qué la había traído a casa? Y ¿por qué no me había avisado?

De no ser por el francotirador —que, en vista de la ausencia de cráneos agujereados, estaba claro que había ahuecado el ala—, podría haberse topado con Alanna.

Busqué a mi amigo entre los municipales con los que hablaba y que aguardaban a recibir órdenes.

—¿Necesita a su escudero para inventarse una de sus trolas? Porque en esta ocasión tampoco va a funcionarle —me dijo, haciendo alusión a las excusas baratas que les dimos a los compañeros de unidad cuando nos topamos con la morena en casa del comisario—. Sé que ella está con usted, Reyes. —Enarqué una ceja, contrariado, al ver lo que me pareció una media sonrisa

en sus labios. Lo que me hizo preguntarme qué más sabría—. Sé que está empeñada en regresar con su familia para colaborar y hacernos lo que ella cree que es el trabajo sucio. Y sé que entre ustedes dos han acordado ayudarla a riesgo de perder la placa en lo que podría considerarse una operación suicida no autorizada, que ya voy advirtiéndole que no va a producirse. No, al menos, en las circunstancias que han barajado.

Fusilé con la mirada a mi amigo, sin importarme que se acercara a nosotros con cara de cordero degollado. «Yo a este me lo cargo». ¡La había puesto al corriente de todo! ¡¿Por qué?! ¡¿Qué parte de no termino de fiarme de ella no había comprendido?!

—Estaba —la corregí, ignorando a José y la súplica con la que me pedía perdón impresa en su rostro.

Podía meterse sus disculpas por donde le entraran.

Desvelar que Alanna había pasado la noche en casa o que tenía pensado infiltrarse en su familia para desarticular la célula de cártel en España desde dentro era todo lo contrario a lo que habíamos acordado de camino a la unidad.

Seguro que el cambio de planes tenía un buen motivo. No obstante, me sentó como una patada en los mismísimos que no me lo hubiera consultado antes. ¡Se suponía que éramos un equipo!

—¿Cómo que estaba? ¿Ya se ha marchado con su familia? —Cayetana saltó de mis ojos a los de mi amigo, que se encogió de hombros a modo de respuesta—. Maverick, ¿por qué hay un tío muerto en vuestro portal? —Volvió a centrar su atención en mí, incomodándome con un sutil cimbreo en el tono de su voz que no tenía pinta de ser habitual en ella—. ¿Dónde está la hija de Armando? —me inquirió.

No me lo podía creer. Acribillé a José con los ojos como platos. ¿Le había contado que Alanna era la hija de Armando de la Cruz?

Se lo reprobé con un duro golpe de vista. ¿Se había guardado algo o le había puesto al corriente también de los pelos que tenía en el culo?

—Cayetana ya lo sabía —se justificó él. Mis ojos se abrieron aún más, si es que eso era posible. ¡¿Cayetana?! ¿Cómo iba a saberlo? Y ¿a qué coño venían esas confianzas con la nueva jefa?—. Te prometo que todo tiene una explicación, pero necesitamos saber que Alanna está a salvo. Si no está contigo, es primordial que demos primero con ella —añadió.

¡Eso mismo era lo que yo quería!! Encontrarla y saber que estaba bien.

Entrecerré los párpados. Ya podía ser buena esa explicación. ¡¿A qué coño estaba jugando?! Se suponía que era mi amigo, mi compañero, mi confidente, ¡mi puto hermano de otra madre!

—¿De qué va todo esto? —les pregunté a ambos sin soltar prenda.

Receloso, afiancé la pistola entre los dedos sin llegar a mover el brazo para evitar que se dieran cuenta de que, si no me convencía la respuesta, estaba dispuesto a salir de allí a cualquier precio.

Me había cansado de jugar al gato y al ratón; primero con Alanna y ahora con ellos.

Cayetana me agarró por la pechera y tiró de la tela del jersey hacia abajo, dándola de sí y obligándome a agacharme hasta prácticamente rozar su nariz contra la mía.

—Más te vale que esa sangre no sea suya, porque como le haya ocurrido algo... —siseó entre dientes, señalando mis manos con un seco movimiento de cabeza.

Le golpeé el antebrazo para que me soltara, haciendo caso omiso a todo el que nos estuviera observando; tanto si eran los ciudadanos al otro lado de la zona acordonada como si eran los compañeros de policía municipal, que seguro que estaban flipando con mi actitud.

No eran formas de tratar a un superior. Cayetana lo era y, en vista de cómo se cuadraron mis compañeros cuando llegó, ellos lo sabían. No obstante, ni José ni mi nueva jefa estaban siendo claros.

A lo mejor se me había pegado un poco la paranoia de Alanna —por la que supuse que nos atacó a mí en dos ocasiones y a José en una—. Sin embargo, en mi defensa tenía que decir que cualquiera en su sano juicio habría dudado de la actitud de esos dos, ¿no?

—Han enviado a unos hombres a recogerla. Pero no puedo asegurar que se encuentre bien. Ni con vida —puntalicé.

Era todo lo que iba a decirles con respecto a su paradero o lo que había sucedido. Y ya me parecía demasiado teniendo en cuenta la poca información de la que disponía sobre la nueva alianza que, al parecer, se había formado entre mi supuesto mejor amigo y mi superior.

—Gracias a Dios —suspiró Cayetana, como quien se despoja de una carga muy pesada—. Entonces, ¿está con su familia? —insistió, en esa ocasión con un timbre de voz más calmado, aunque no del todo satisfecho.

Fruncí el ceño, desconcertado con el alivio reflejado en su rostro. No entendía nada.

Miré de soslayo a José, que sonreía de medio lado al presenciar cómo yo mantenía mi cara de póquer frente a la Dama de Hierro que, ¡sorpresa!, sí que parecía tener sentimientos.

Cayetana debió de percatarse de que no iba a sonsacarme ni una sola palabra de más, porque dejó de intentar intimidarme y se sacó el móvil del bolsillo interior de la americana.

Podría ser mi jefa, pero mi respeto como tal aún no se lo había ganado.

Por muchos galones que le colgaran de la solapa, para mí no era más que una funcionaria puesta a dedo en un cargo que

tendría que demostrar que merecía y que no le venía grande. Y, desde luego, lo llevaba claro si pensaba tirar de esos mismos galones para que me comportara como un manso corderito.

Nunca había sido así y no iba a empezar a serlo precisamente porque ella me lo ordenara.

—¿Qué ha pasado con Joaquín? —me preguntó José, mientras Cayetana se retiraba ligeramente y nos daba la espalda, llevándose el teléfono a la oreja.

La respuesta emergió del centro de mi pecho en forma de bufido, que adorné con una sonrisa ladina.

Coloqué los brazos en jarra, negando con la cabeza. A él tampoco iba a darle ni un puto dato de más hasta que no me explicara qué se traía entre manos con esa arpía y por qué había actuado a mis espaldas.

—¿Estás con Alanna? —escuché que Cayetana le preguntaba a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

Por su propia seguridad y la de mi compañero, esperaba que no se tratara de Raúl ni del tipo que se la había llevado.

—Maverick. —Mi amigo me agarró por el brazo de la mano con la que sujetaba la pistola.

Pese a que continuaba manteniéndolo laxo, sin ser consciente, en algún momento había comenzado a acariciar el gatillo al sentirme un inútil. El típico pardillo al que todos toman por el tonto de la clase que nunca se entera de nada.

Apreté la mandíbula, paladeando el regusto amargo que a uno le deja el verse relegado a un imbécil.

—Ajá. No te preocupes. Yo me encargo. —Cayetana elevó la vista por encima de su hombro y me miró de soslayo—. Está bien. ¡Que lo dejes estar! Te he dicho que yo me ocupo. Vale. —Colgó y se volvió hacia nosotros con el móvil en la mano—. Alanna está fuera de peligro —nos aseguró—. ¿Podemos subir?

—Nos miró al uno y al otro. Mi amigo asintió—. José, ¿puedes hacerte cargo del conserje? —le preguntó, supuse que dando por hecho que, si quería que colaborase, tenía que empezar a explicarme qué cojones estaba pasando.

—Sí, tranquila —le contestó, complaciente. Sin embargo, no se movió del sitio.

Cayetana nos esquivó, empujó ligeramente la puerta del portal y se giró para comprobar que la seguía antes de acceder.

—¿Vienes? —me preguntó, al ver que no lo hacía—. Supongo que querrás respuestas, ¿no? —añadió como aliciente.

Dibujé con los labios una fina línea y cabeceé de manera afirmativa con movimientos secos, pese a que una parte de mí me decía que era una mala idea. La misma voccecita que me aseguraba que era un error fiarse de ella.

Cayetana podría decir misa. Hasta que no viera con mis propios ojos que Alanna estaba bien, no iba a creerme una mierda.

—¿Nos das un minuto? —le solicitó José.

—Sí, claro. Iré llamando a los de Científica. —Se metió en el portal y observó el escenario del crimen unos segundos antes de llevarse de nuevo el teléfono a la oreja.

No pude evitar preguntarme qué tenía pensado hacer cuando nuestros compañeros analizaran las pruebas de aquella masacre.

Yo sabía quiénes habían sido los responsables y, tras su llamada, me daba la impresión de que ella también o, al menos, seguro que se hacía una ligera idea.

—Por favor, escúchala —me solicitó José.

—No sé cómo has podido hacerme algo así. Se suponía que en esto estábamos juntos tú y yo. Nadie más —añadí, después de remarcarle que era un asunto de dos, por si no le había quedado claro.

—¿Desde cuándo consideras que tres son multitud? —Enarcó ambas cejas y las hizo bailar hacia arriba y hacia abajo,

divertido, queriendo restarle importancia al hecho de que se había pasado mi sugerencia y mis sospechas sobre Cayetana por el forro de los cojones—. Lo siento, tío. No me ha quedado más remedio que contárselo —se justificó, al ver que no le contestaba y que su comentario anterior no había tenido el efecto deseado—, pero créeme. Sabe lo que hace.

Ignoré sus disculpas y eché un vistazo por encima a la gente aglomerada a nuestro alrededor, incapaz de mirarlo a la cara sin recriminarle que no me hubiera avisado antes de sentarse a hablar con ella.

Me guardé la pistola en la funda del arnés que me rodeaba el pecho, bajo la cazadora, y observé a la multitud tras la cinta policial.

Traté de convencerme de que seguro que mi amigo había tenido un motivo de peso que le había obligado a ponerla al corriente de nuestros planes. Él no era el enemigo, como me había asegurado Cayetana que ella tampoco lo era. Sin embargo, el tipo mimetizado entre los curiosos, de piel bronceada, con una cicatriz cruzándole el labio, los ojos castaños y el cráneo rasurado, que no nos perdía de vista en la distancia, sí que lo era.

Ese tío estaba fichado.

Tras el altercado en la casa del comisario, repasé el dossier que nos había entregado antes de morir. El expediente de ese hombre aparecía en él. Me lo sabía de memoria y, además, cuando les ordenó a sus hombres que se llevaran a Alanna a rastras de casa de Caley, grabé a fuego todas y cada una de las facciones del rostro de ese cabrón.

El mismo que decía ser el hermano de la morena, que se entretuvo en contestar el teléfono y que asintió antes de abrirse paso entre la multitud, dejando al descubierto el tatuaje de una calavera rodeada de flores que le cubría la parte posterior del cráneo.

Golpeé a José en el hombro al esquivarlo con demasiado ímpetu.

Nadie me apuntaba con una pipa a la cabeza, tenía la cara dura de plantarse delante de mí una segunda vez y se iba de rositas. Más cuando ese alguien en cuestión seguro que sabía dónde se habían llevado a la morena, de la que, para colmo, me había apartado no una, sino dos veces en contra de su voluntad. Al menos la primera vez.

CAPÍTULO 2

*«Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas,
de pronto, cambiaron todas las preguntas.» (Mario Benedetti)*



—¡¡¡¡Detenedle!!!! —les ordené a los compañeros apostados al pie de los vehículos más cercanos al cordón policial—. ¡¡¡¡Detenedle!!!!

Los agentes miraron a su alrededor, buscando al sujeto al que se suponía que debían dar el alto y que no me explicaba cómo había conseguido pasar inadvertido cuando estaba en busca y captura.

—¿Maverick? —Atravesé la zona acordonada, ignorando el desconcierto de José—. ¡Eh, Maverick! ¿Adónde vas?!

Atravesé el interior de la zona acordonada en un suspiro.

Me abrí camino entre la masa de morbosos que continuaban expectantes a todo lo que sucedía, sin perder de vista la estela

de Raúl, a quien, por lo visto, le habían entrado muchas prisas por marcharse.

—¡¡¡Regresen!!! ¡¡¡Mantengan su posición!!! —escuché que les exigía mi jefa a los dos o tres agentes que se habían unido a mí en busca de ese cabrón—. ¡¡¡Maverick!!!

Corrí tras él como alma que lleva el diablo por una de las calles que desembocaban en la plaza, con el insolente repiqueteo de los tacones de Cayetana tras de mí.

—¡¡Maverick, espera!! —volvió a chillarme, pisándome los talones.

Continué haciendo caso omiso a su sugerencia y esquivando a la gente con la que me topaba y que Raúl utilizaba muy bien a su favor, buscando las callejuelas más concurridas y anchas para darme esquinazo entre la multitud.

Un taxista pitó cuando el hermano de Alanna se le cruzó por delante y frenó en seco para no atropellarme, obstaculizándome el paso.

Apuntalé el peso de mi cuerpo sobre las manos que apoyé en el capó.

—¡¡¡Joder!!! —Golpeé la chapa.

Lo había tenido a tres putos pasos. De hecho, todavía era capaz de verle el cogote entre la gente, así que salté el vehículo para no perderlo.

—¡¡¡Maverick, para!!! —me gritó Cayetana.

No iba a detenerme, aun viendo que Raúl se metía por un callejón estrecho, menos concurrido, sumido entre las luces y las sombras de las primeras horas de la tarde y que daba a la parte trasera de varios locales de copas que aún no habían abierto sus puertas.

Un lugar perfecto tanto para mear en mitad de la calle sin llamar la atención como para cometer un crimen. Por ser el predilecto de los empleados de los garitos para sacar los cubos

de la basura por la puerta trasera a medianoche y que el camión los recogiera.

Salvo algún vecino o algún turista descarriado, era de las típicas travesías empedradas del centro de la capital que la gente solía evitar por el hedor a huevo podrido y a orines que desprendía desde la esquina, la escasa visibilidad que le otorgaba la ausencia de farolas y el incesante chirrido de las ratas que campaban a sus anchas a partir de las tres o las cuatro de la madrugada.

A riesgo de perderlo, me parapeté junto a la fachada de una de las tascas antes de asomarme. Apoyé la espalda sobre la pared entre exhalaciones, saqué de nuevo mi arma y me preparé para salir apuntando hacia el estrecho camino que dejaban los contenedores.

Raúl podría no haberse escondido allí. Es más, no tenía pinta de ser de los que se ocultaban salvo para una emboscada.

Tal vez había seguido corriendo y se había perdido entre las calles a las que daba esa maldita callejuela, pese a que tampoco daba la impresión de ser de los que huían. Sin embargo, no podía jugármela.

Aunque a simple vista pudiera parecer lo contrario, todavía pensaba antes de actuar. Por lo que abandoné mi refugio y avancé con pasos lentos, cautelosos, pero seguros y atento a cualquier movimiento que pudiera venir de entre las sombras o de la salida de esa ratonera, donde el hermano de Alanna me tendría a tiro y podría dispararme. Actitud que me cuadraba más con su tipo de personalidad: la de un hombre forjado en el corazón de una organización criminal.

Recorrí el sendero entre los cubos con el pulso latiéndome en los oídos, el corazón reventándome el pecho y las dudas y la culpa adueñándose de mis pensamientos.

«¡Me cago en mi puta estampal!». ¿Lo había perdido? ¿En serio?

Adiós a mi oportunidad de encontrar a la morena sana y a salvo. Por el momento. Porque tenía la intención de dar con ella, aunque tuviera que arrastrarme al mismísimo infierno para traerla de vuelta y poder explicarle por qué me había comportado como un imbécil o a cuento de qué la había dejado abandonada y encerrada.

Una buena hostia me la merecía. Y estaba dispuesto a encajarla si era Alanna quien me la daba. Luego, ya, que el tiempo o ella decidieran qué hacer conmigo, pero no la vida.

El día a día podía llegar a ser muy puñetero. Alanna quizá tendría algo de piedad.

Quizá no, ¡seguro! Porque era noble, fiel y leal.

De manera inconsciente apreté la mandíbula cuando un escalofrío me recorrió la espalda al recordar a su marido.

Después de ver las pruebas y saber todo lo que Yago podría haberle hecho, ella seguía teniendo dudas sobre él. No creía que la hubiera traicionado. Más bien pensaba que todo era un error o que había una explicación. Tenía sentimientos encontrados hacia el que había sido su marido. O el que era su marido, si es que continuaba vivo.

Alanna lo seguía amando. Un problema y una jodienda al mismo tiempo, se mirase por donde se mirase.

Solo por eso, ¡era perfecta!, mientras que yo no era más que un sinvergüenza. Un mujeriego.

No obstante, cualquier estúpido se habría dado cuenta de que merecía la pena arriesgarse a intentar conquistarla. Y, ¡sorpresa!, yo era uno de esos idiotas, aun sin tener ni idea de cómo ni en qué momento había llegado a convertirme en uno.

No era una cuestión que me hubiera planteado nunca con ninguna otra mujer. Podría decirse que era virgen en ese terreno y, en parte, por eso quería volver a verla. Para que me diera calabazas otra vez.

De esa manera tendría una nueva oportunidad para poder empezar de cero y hacer las cosas bien. Como se suponía que debían hacerse y que tendría que buscar en internet porque no sabría ni por dónde empezar.

O puede que solo fuera masoca.

¿A quién no le gustaba sentirse deseado? ¿O la excitación previa capaz de nublarle la razón, el juicio y el entendimiento? ¡A todo el mundo! Pero nunca saldría de dudas si no la encontraba.

Salvarse, seguro que podía hacerlo ella solita y, a mi edad, engañarse a sí mismo era una soberana estupidez. Ni era un príncipe azul de brillante armadura ni tenía un flamante corcel que pudiera llevarnos a un posible fueron felices y comieron perdices, pero sí que era curioso por naturaleza. Y ella había despertado en mí la malsana obsesión de descubrir cómo sería amanecer cada mañana a su lado, trabajar codo con codo con ella o qué aspecto tendría recién levantada.

Aunque eso último podría llegar a imaginármelo.

Y no me disgustaba. En absoluto.

Regresé de mis chifladuras al escuchar los tacones de Cayetana llegando a la esquina de la calle por la que yo había accedido.

Volví la cabeza por encima de mi hombro en su dirección y sujeté la pistola con una mano, sin dejar de apuntar al frente.

Me llevé el dedo índice a los labios, indicándole que se mantuviera callada y, a poder ser, quietecita. Sin embargo, cuando la vi sacar el arma de la funda interior de la americana, supuse que eso último había sido demasiado pedir.

Puse los ojos en blanco, recuperando mi posición de ataque: con las dos manos sujetando la empuñadura del revólver.

Continué avanzando hasta rebasar uno de los tres últimos contenedores que quedaban antes de atravesar el callejón, de donde salió Raúl, arrollándome como un tren de mercancías.

Gruñí al perder la pistola junto a uno de los cubos y golpear-me la espalda de mala manera contra la pared.

Antes de que pudiera reaccionar y quitármelo de encima, se incorporó y comenzó a propinarme golpes uno tras otro, alternando los puños, pero dirigiendo todos ellos a mi cara.

Le solté un rodillazo en el vientre con todas mis fuerzas. De hecho, de haber podido, se lo habría atravesado.

No fue posible. Sin embargo, lo que sí pude fue empujarlo hacia atrás y evitar que me dejara la mandíbula como para comer sopa colada por un pasapurés.

—¡¡¡Nooo!!! —Cayetana corrió hacia nosotros.

Raúl se dobló sobre sí. Aproveché la circunstancia para propinarle un codazo en la espalda que le hizo reincorporarse con un bufido.

Antes de reventarle la cara a hostias, me fijé en su rostro. Muy parecido al de Alanna, salvo por la sed de sangre que manaba de sus ojos, tan oscuros como los de ella, y su piel, ajada por la vida y que le hacía parecer más mayor, pese a que por su expediente sabía que tenía un par de años menos que ella.

Le solté un gancho de derecha, directo a la barbilla, lo que le hizo dar un paso hacia atrás, y, sin darle tiempo a reaccionar, con la izquierda le alcancé el labio, partiéndoselo por el mismo lugar por el que tenía la cicatriz.

Escupió la sangre que se le metió en la boca y sonrió de medio lado.

Le borré la mueca con un nuevo puñetazo, que encajó como si estuviera esperándolo.

—¡¡¡Maverick, para!!! —gritó mi jefa, revoloteando a nuestro alrededor como una mosca cojonera que no podía hacer nada salvo estorbar.

¿Parar? ¿Yo? ¿Con las ganas que tenía de arrancarle la cabeza? ¡Ni de coña!

Enganché carrerilla y comencé a propinarle puñetazos. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda. Rostro, vientre, rostro, vientre. ¡Rodillazo!

Algunos los esquivaba, al igual que yo cuando él arremetía contra mí. Otros no y, para qué negarlo, disfrutaba escuchando crujir sus huesos por el impacto de mis nudillos. No tanto cuando eran los míos.

Hasta que él me arreó una patada en el lateral exterior de la rodilla, doblándomela.

Aullé de dolor y la apoyé en el suelo. Raúl dio un par de pasos hacia atrás, movimiento que aproveché para coger el arma que se me había caído junto al contenedor.

Pero cuando me reincorporé y le apunté al pecho, él ya me encañonaba a mí con la suya entre ceja y ceja.

—¡¡¡No!!! —Cayetana se interpuso entre ambos con el cañón de su pistola elevado hacia el hombro de Raúl—. Bájala —le ordenó.

Por encima de la coronilla de mi nueva jefa vi cómo la mandíbula del hermano de Alanna se tensionaba. Como si sopesara la posibilidad de obedecerla.

—¡¡Que bajes la puta arma!! —le exigió de nuevo, para mi gusto, con demasiado ímpetu.

Tan solo nos separaban de él tres o cuatro pasos, y estábamos hablando de que era la actual mano derecha del cártel. Un tipo al que supuse que le importaba muy poco nuestra existencia.

¿Le había dado por pensar que, si apretaba el gatillo, su americana terminaría cubierta con mis sesos? Porque a mí me daba que no. Y era de las típicas tonterías que uno debía tener en cuenta. Sobre todo cuando era mi cabeza lo que ese tipo había elegido de diana.

Al parecer, a Cayetana le daba igual tanto su integridad como la mía, porque la loca —que no tenía otro nombre— le dio un

manotazo al cañón del revólver de Raúl, apartándolo de mi trayectoria como el que espanta a un mosquito muy molesto.

Temiendo la reacción del hermano de Alanna, quise alejarla agarrándola por el hombro, pero me quedé a cuadros cuando él se limitó a reprobear su actitud entrecerrando los párpados, como tantas veces le había visto hacer a mi morena esa misma noche. «La. La morena», rectifiqué de inmediato.

—Pero ¿qué coño...? —conseguí articular, sin saber muy bien cómo o si lo que estaba presenciando no era más que un producto ultraprocesado de mi propia imaginación.

¿De verdad se lo estaba pensando? ¿O lo que estaba valorando era a quién se cargaba primero?

Raúl chasqueó la lengua.

—¡A la verga! —Dejó de mirarme como a un patito de feria al que volarle la cabeza y se guardó el arma en las lumbares, bajo el jersey—. Entre las dos van a conseguir que nos maten a todos, carajo. —Se limpió la sangre que le goteaba de la comisura con el dorso de la mano.

Dibujé una fina línea con los labios para evitar que se me desencajara la mandíbula.

Vale que, a lo mejor, de la somanta de hostias que me había dado me había quedado medio gilipollas, pero, desde luego, no era la respuesta que esperaba. ¿Entre las dos? ¿Qué dos?

Cayetana enfundó de nuevo su pistola y comprobó que nuestra pelea no hubiera alertado a los transeúntes que pasaban de largo por la bocacalle.

—Esfúmate. —Cruzó los brazos, señalando su autoridad. ¡Su autoridad! ¡¡Frente a ese tipo!! ¿¡Nos habíamos vuelto todos locos!?— Ahora, Raúl. No dentro de tres semanas.

—¿Qué hacemos con este? —Movié la cabeza en mi dirección y puso los suyos en jarra.

¿¡Conmigo!? Yo estaba flipando. Tanto era así que los míos comenzaron a bajar lentamente y dejé de apuntarlo, anonadado.

No entendía nada.

Cayetana elevó la vista por encima de su hombro. Frunció los labios de manera fugaz al ver mi cara, que debía de ser todo un poema. Una mezcla entre el desconcierto, un cabreo de órdago y los moretones que ya debían de estar decorándome la piel, en vista de cómo me palpitaba la carne.

—Ya te he dicho que yo me ocupo. ¡Lárgate!

—No me fío de él —rumió entre dientes, prometiéndome con la mirada que retomaríamos nuestra conversación donde la habíamos dejado.

Enarqué una ceja y alcé el mentón. No iba a dejarme amedrentar por sus ínfulas de matón de tres al cuarto.

—Ese no es mi problema —repuso ella—. Me limito a seguir órdenes. ¿Recuerdas? —añadió con lo que me pareció un puntito de acidez.

El móvil del hermano de Alanna irrumpió el momento de tensión en el que ellos se medían el uno al otro, mientras yo no podía dejar de alucinar e intentaba rellenar los huecos del rompecabezas que tenía frente a mí sin añadir más cadáveres a la ecuación.

Se sacó el teléfono del bolsillo, miró la pantalla y, acto seguido, clavó sus ojos en mí llevándoselo a la oreja.

—Mantente lejos de mi hermana —me advirtió, antes de contestar—. ¿Aló?

Nos dio la espalda y se marchó de allí con la seguridad de que Cayetana no iba a detenerle, que yo no podía ir tras él sin llevármela por delante y dando por sentado que tampoco iba a apretar el gatillo. Lo que, a mi parecer, era demasiado suponer, porque si no lo hacía no era por falta de ganas.

Mi jefa se dio la vuelta y escudriñó mi rostro.

Me sujetó por la barbilla y me movió la cabeza como la madre que contempla a su hijo después de una pelea: enfadada y preocupada a partes iguales.

Se la retiré, golpeándole el antebrazo, y me mordí la lengua.

La cara de mala hostia que se le puso de buenas a primeras al recibir el manotazo no le dije por dónde podría metérsela porque rápidamente la cambió, regalándome una tímida mueca condescendiente.

—Entiendo que tienes muchas preguntas, pero ¿sería posible regresar para que pueda explicártelo en un lugar más tranquilo?

Un irónico bufido escapó de mis labios. No sabía si reír, ponerme a despotricar o buscar un antro en el que ahogar mis penas y, tal vez, alguna que otra rubia con la que olvidarme de la última semana de mierda que llevaba.

—¿Vas a contarme qué coño está pasando? Porque no entiendo nada —le respondió la parte más racional de mi cerebro.

Esa que me impedía mandarlo todo a tomar por el culo. Que era lo que debía hacer, pero no me veía dejando a Alanna a su suerte. No obstante, estaba harto de mentiras, de verdades a medias y de la información que me llegaba con cuentagotas.

Tras meditarlo unos segundos, Cayetana asintió.

Solté el aire de manera abrupta por la nariz y enfundé mi arma, aún con la idea en mente de largarme a tomar unas copas. Sin embargo, lo que en otras ocasiones me habría parecido una muy buena opción para relajarme, en ese momento no me apetecía nada.

Podría haber argumentado que estaba cansado o que me sentía culpable de todo lo ocurrido, pero la realidad era que lo que quería realmente era encontrar a Alanna.

Volver a verla, estar con ella, hablar... Madre de Dios. Hablar. ¡¿Yo?! En lugar de llevarme las manos a la cabeza al darme cuenta de que follar había pasado a un segundo plano, comencé

a andar en dirección al ático con Cayetana siguiéndome en silencio, pero muy de cerca.

Quince minutos más tarde, como dos completos desconocidos, llegamos a la plaza donde la muchedumbre aglomerada era la misma que en una manifestación entre la que, por supuesto, no podía faltar la prensa.

Nos abrimos paso a través de los curiosos y llegamos hasta el cordón policial que los compañeros habían colocado a unos veinte metros de la entrada al portal, donde José daba instrucciones a los de Científica.

Levanté la cinta para que Cayetana no tuviera que agacharse por mera educación o, más bien, por costumbre.

—Gracias —repuso.

Atravesó la zona acordonada adoptando su máscara de reina de un enjambre al que se suponía que debía liderar con mano de hierro dentro de la ley. Un nivel de hipocresía al que yo no estaba acostumbrado y con el que me entraron ganas de potar.

No le contesté. Me limité a seguirla en silencio, preguntándome cómo había terminado enredado en semejante culebrón.

Los de arriba presionaban para encontrar a Alanna y cargarle el muerto de los miembros de su antiguo equipo, a los que los hombres del **cártel** habían matado.

Teníamos a un comisario muerto y a su supuesta hija y presunta sospechosa desaparecida.

Si la información que Timón le había dado a la morena era cierta, de los cinco agentes que los hombres del **cártel** habían enviado a la morgue, uno de ellos seguía con vida. Y era, además, responsable de todas las muertes, incluida la de Armando de la Cruz. Un tipo que se suponía la antigua mano derecha del que movía los hilos en la organización en España y padre biológico de Alanna y de Raúl. El recién descubierto amiguito de Cayetana y responsable de la muerte de Joaquín, el conserje.

Y a todo ese jaleo había que sumarle a un francotirador que había intentado deshacerse de nosotros. O, más bien, de ella. La angustiosa sensación de ahogo que me impedía pensar con claridad cada vez que me la imaginaba en cualquier otra situación que no fuera sana y a salvo. Y, claro está, a Santiago Guzmán, el cártel y quien se suponía que era el malo malísimo de nuestra historia. Aunque, siendo sinceros, yo ya no sabía qué pensar.

¿Quiénes eran los malos?

¿Quiénes eran los buenos?

¿Qué pintábamos nosotros en todo eso?

Dejé escapar un pesado suspiro.

A lo largo de mi vida me había metido en líos muy gordos, pero nada como aquello. Y, desde luego, nunca había jugado a dos bandas como parecía que estaba haciendo todo el mundo, menos yo.

Miré a José, descompuesto.

—No tienes buena cara —me dijo, acercándose a mí cojeando. Buscó a Cayetana entre los compañeros—. ¿Por qué no subimos? —añadió tras encontrarla hablando con el jefe de la unidad de Científica a un par de pasos de nosotros, cerca del portal.

Me froté el rostro con la mano para despejarme y lo contraje al hacerlo con demasiado ímpetu después de los golpes que Raúl me había dado.

Eché un último vistazo a la multitud congregada a nuestro alrededor tras el perímetro de seguridad y asentí.

Atravesamos el rellano con cuidado de no pisar los restos de sangre y de no molestar a los compañeros que, enfundados en monos desechables blancos, recogían las pruebas de la ejecución de Joaquín.

Llamamos al ascensor, subimos y ascendimos hasta nuestro piso como no lo habíamos hecho nunca: en completo silencio.

Sin dirigirnos la palabra y sin mirarnos, entramos en casa, donde Django nos recibió tumbado frente a la puerta.

Al vernos, se levantó y vino a olisquearme como un poseso y a darme lametones en la mano, con un lastimero lloriqueo de fondo que me partió el alma.

El inspirar y percibir el aroma de la sangre de Alanna por todo el salón no ayudaba. ¿En qué momento se había complicado todo tanto?

—Dios, ¿qué ha pasado? —me preguntó José con la cara desencajada al ver los cristales del ventanal desperdigados por el suelo y el reguero de sangre que iba hasta la cocina.

Se acercó hasta el charco que Alanna había dejado tras la encimera mientras esperábamos a los hombres que había enviado su hermano.

—¿Maverick? —volvió a insistir ante mi mutismo.

Por primera vez en la vida nos miramos el uno al otro como dos auténticos desconocidos. Él, con la necesidad de explicarse y justificar su actitud; y yo, cansado de excusas que lo único para lo que me servían era para formularme más y más preguntas.

—¿Esta parte no te la ha contado tu nueva compañera? —le inquirí, mordaz y dolido, sin dejar de acariciar a Django.

¿A qué coño esperaba para empezar a cantar como un jilguero? ¡Ah, sí! A ella. A Cayetana. Lo que no hacía más que alimentar mi mala hostia.

—No me ha dado tiempo —intervino ella.

Alcé la vista por encima de mi hombro para observarla.

Cayetana se mantenía con las manos apoyadas en el marco de la puerta, pero sin llegar a pasar.

—¿Puedo entrar? —me preguntó, tras unos segundos en los que me debatía entre escuchar o darme una ducha, cambiarme de ropa y salir a tomar esas copas para volver a gatas de madrugada.

CAPÍTULO 3

«Algunas cosas del pasado desaparecieron, pero otras abren una brecha al futuro y son las que quiero rescatar.» (Mario Benedetti)



Agarré a Django por el collar y lo dirigí a mi habitación, donde me agaché junto a la puerta para quedar a su altura.

—La traeré de vuelta, campeón. —Lo acaricié—. Te lo prometo —le aseguré. Me reincorporé y le insté a que se quedara dentro antes de cerrar—. Tú dirás —añadí, girándome hacia Cayetana.

Crucé los brazos sobre mi pecho y me apoyé en la madera con aire desenfadado y toda mi atención puesta en ella, que seguía al otro lado del marco de la entrada principal.

—¿Puedo saber qué problema tienes conmigo? —me increpó—. Cada vez que me ves te pones a la defensiva. —Dio un paso hacia el interior, elevando ambas manos al aire—. No creo que te haya dado motivos para que me trates así. Te lo dije en mi despacho y te lo repito: yo no soy el enemigo.

Enarqué una ceja en respuesta y me mordí la lengua, no por falta de argumentos. Al contrario, me sobraban para darle un repaso y ponerla de vuelta y media.

—Dadas las circunstancias, creo que deberíamos intentar llevarnos bien. Por la cuenta que nos trae —intervino José, cojeando hacia nosotros antes de que me diera tiempo a abrir la boca. E hizo bien—. Estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros. —Colocó los brazos en jarra y nos miró, primero al uno y después al otro.

—Qué cristiano —murmuré lo bastante alto como para que ambos me escucharan.

Mi amigo clavó sus ojos pardos en mí con tanto ahínco que, de haber sido un cuchillo, me habría atravesado hasta los higadillos.

Le sostuve la mirada con la seguridad que me otorgaba el saber que, de empezar a poner las cartas sobre la mesa, él tampoco recibiría una buena mano.

Continuaba molesto. Y seguía sin comprender por qué había puesto al corriente a la única persona a la que le había pedido que no lo hiciera.

¿No había sido lo bastante claro cuando le comenté que tenía mis reticencias con respecto a la nueva jefa antes de acercarle a la unidad? Porque, con el tiempo que hacía que José y yo nos conociáramos, no creía que fuera necesario explicarle los motivos que me hacían aferrarme a una corazonada.

Después de tantos años conviviendo y trabajando juntos codo con codo, ya debía de saber que muy pocas veces me equivocaba.

—Cierra la puta boca y siéntate, capullo —me exigió, en ese tono exasperado que solo utilizaba conmigo cuando supuestamente estaba pasándome de la raya—. Pasa. No te quedes ahí —le solicitó a ella.

No me pasó desapercibido cómo cambió su deje irritado por uno más amigable.

—Sabes que baila con el enemigo, ¿verdad? —le advertí cuando pasé por su lado para tomar asiento en el Tony Montana.

Quería pensar que la única razón por la que hacía piña con ella era porque quería tirársela.

José no era de desaprovechar una oportunidad y, todo sea dicho, Cayetana estaba de muy buen ver. No obstante, me veía en la obligación de avisarlo sobre el tipo de mujer que quería meter entre sus sábanas. Y me importaba un bledo que ella estuviera delante y que pudiera escucharme.

Como bien había intuido desde un principio, y me había demostrado durante el encuentro con el hermano de Alanna, no era de fiar. Y comenzaba a sospechar que su llegada a la unidad tampoco había sido casualidad.

—Raúl tampoco es el enemigo —aseguró ella, tomando posición delante del asiento del sofá que tenía pensado ocupar, junto al reposabrazos más cercano al sillón en el que yo ya me había dejado caer.

—Discúlpame. —Me llevé la mano al pecho fingiendo una vergüenza por mi atrevimiento que no sentía—. No tenía ni idea de que estábamos hablando de un hombre inocente y que solo se da un aire al tío que ha intentado volar la casa de nuestro anterior comisario con nosotros dentro.

—Reconozco que eso no ha estado bien —repuso, acomodándose.

—¡¿Que no ha estado bien?! —Me envaré en el Tony y clavé los dedos en los reposabrazos. Era eso o saltar sobre ella y zarandearla para que dejara de justificar a ese cabrón y empezara a explicarme de una puta vez qué coño estaba pasando—. ¡¡Me ha apuntado con una pipa a la cabeza dos veces!! —Me situé al borde del asiento y coloqué un par de dedos frente a su rostro, bien cerquita, para que pudiera verlos en primer plano—. ¡¡Dos!! —le recalqué, por si no le había quedado bastante claro.

—¡¡Porque no le ha quedado más remedio!!

—¿Que no le ha quedado más remedio?! ¡¡Pero que es un puto narco!!

Si alguien pensaba que no se podía flipar más, he ahí una prueba de que sí era posible.

—¡¡Raúl no es como ellos!! ¡¡Es como nosotros!! Bueno, más o menos —añadió en un tono que dejaba entrever ciertas dudas.

José, que hasta ese momento había decidido mantenerse al margen, apareció con una bolsa de guisantes congelados.

—Póntela en la cara antes de que termines pareciendo un cuadro. —Me la tendió en son de paz, suplicándome con la mirada que le diera un poco de cuartelillo. O, lo que era lo mismo, que me cerrase el pico de una vez y le permitiera explicarse.

Cogí la bolsa de mala manera, dejé escapar un sonoro suspiro y me arrellané en el sillón, dispuesto a escucharlos.

—Vosotros diréis —refunfuñé.

—Yo no. Ella —me indicó, agradeciéndome con un golpe de vista que atendiera a razones—. Yo voy a recoger todo este desastre —dijo, refiriéndose a los cristales y a la sangre como si fuera lo más normal del mundo y todos los días un francotirador nos reventara una ventana en lugar de la cabeza.

Supongo que el hecho de que él permaneciera tranquilo hizo que yo mantuviera la serenidad.

En algún momento me explicaría por qué la había puesto al corriente de nuestros planes. Y seguía pensando que debía de haber una muy buena razón.

Cayetana también suspiró o, más bien, dejó escapar entre sus labios parte de la indignación que había coloreado sus mejillas. Inspiró por la nariz, cerró los ojos y soltó el aire de manera pausada antes de abrirlos de nuevo y concentrar toda su atención en mí, ignorando por completo a la señora Doubtfire que

se arremangó para comenzar a recoger el charco que Alanna había dejado detrás de la isla.

—Lo que voy a contarte está fuera del alcance de alguien con tu nivel de seguridad —me soltó sin pena ni gloria, dándome a entender que, de ser por ella, continuaría viviendo en la ignorancia.

Busqué a mi amigo en la cocina, por encima del cogote de Cayetana, para saber si él estaba de acuerdo con esa afirmación, ya que, de buenas a primeras, parecían estar en completa sintonía.

—No me malinterpretes. A José tampoco se lo habría contado de no haberlo pillado in fraganti saltándose los protocolos de seguridad —añadió sin acritud, pero dejando claro que no se le pasaba ni una.

—Esta mañana, en cuanto me has soltado en la unidad, he intentado averiguar quién es la tía con la que me acosté anoche —me explicó él, apoyándose en la encimera—. García no tenía nada, así que lo primero que he hecho ha sido buscar datos por si Rebeca era de la DEA —aclaró, entonando el mea culpa.

Tenía su lógica. Era más fácil empezar a descartarla como sospechosa por el lado de los buenos que de los malos.

No todos los delincuentes estaban fichados; sin embargo, como bien había dicho Cayetana, en función del rango, la categoría profesional y la unidad a la que uno perteneciera, se tenía acceso a más o menos archivos confidenciales.

Entrecerré los párpados cuando una sutil sonrisa se dibujó en los labios de ella.

Para conocer la identidad de ciertos informantes, colaboradores y miembros de cooperación internacional se requería un tipo de permiso que solo tenían los altos mandos. Y no todos. ¿Por qué me daba en la nariz que Cayetana sí que los tenía? ¿Y cómo había pillado exactamente a José? Porque dudaba que mi

amigo se hubiera puesto un cartel luminoso para indicar que iba a meter las narices donde no debía.

—El comisario Caley no era un mal tipo, pero cometió muchos errores. Entre ellos, dar por sentado que sus hombres le eran leales por el simple hecho de llevar trabajando con él la mayor parte de su vida. Yo no. Yo no me fío de mi mano derecha aun siendo diestra —sentenció, respondiendo a una de las preguntas que, sin llegar a formular, podría decirse que ella ya estaba contestándome.

Me retiré la bolsa de guisantes del moflete y dejé caer el brazo entre las piernas.

—¿Tienes vigilada a toda la unidad? —cuestioné, no porque me pareciera un abuso, sino por lo que podría llegar a significar.

—Esto no es una caza de brujas, Reyes —me aseguró ella—. No esperamos encontrar a nadie que nos esté haciendo la cama, si es lo que quieres saber, pero sí hay unas piezas clave que debemos tener vigiladas por el bien común. Si alguien busca información sobre ellos, la orden es actuar de inmediato.

Resuelta la duda de si sospechaba que pudiera haber algún topo en la unidad, me llevé los guisantes congelados a la frente. Pero entonces ¿de quién venían las órdenes?

—¿Rebeca es una de esas piezas?

—No. Pero sí los agentes infiltrados de la DEA con los que cooperamos. Por eso, cuando José ha intentado jaquear el sistema para acceder a sus expedientes, el primer cortafuegos nos ha alertado de dónde procedía la intrusión. Por suerte, solo he tenido que levantar la cabeza de mi ordenador para saber de quién se trataba. —Frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas un descanso?

Negué con la cabeza. No sabía si era por la pelea con Raúl, por los nervios o por la ansiedad de querer saber y darme la

impresión de que iba todo demasiado lento, pero comenzó a dolerme la sesera cosa mala.

—¿Tenemos agentes de la DEA trabajando aquí? ¿En España? —le pregunté, con la esperanza de que fuera al grano de una vez por todas y que dejara de dar rodeos.

No es que fuera muy extraño. La agencia operaba a nivel internacional. Y no era la primera vez que las altas esferas evitaban desvelar ese tipo de información. Sin embargo, bajo mi punto de vista era un completo error.

Cuando uno desconocía que tenía compañeros infiltrados era muy fácil cagarla y detenerlos. Ponían en riesgo su tapadera y, por ende, su vida.

—Hoy en día solo hay uno en activo —me contestó—. Y de ser la mujer con la que José ha pasado la noche me consta que Alanna la habría reconocido.

—En los informes del caso Pandora no se menciona nada —barrunté en voz alta.

Evité comentar que, además, Alanna no había dicho nada al respecto, aunque por cómo chispearon los ojos de Cayetana supuse que lo daba por sentado.

—Porque oro parece. Plata no es. Así que, supongo, que quien no lo adivine muy listo no es.

Me retiré la bolsa de guisantes para evitar que se me cayera sobre los huevos y que el estropicio fuera aún mayor.

Me reincorporé en el sillón y me eché ligeramente hacia delante. No podía creer que con la que nos estaba cayendo encima a ella le diera por jugar a las putas adivinanzas.

—Yo prefiero pensar que eran muy buenos en lo que hacían —intervino José desde la cocina «Salvada por la campana»—. ¡Esa mujer lleva infiltrada en la organización del cártel más de cuarenta años! —Negó con la cabeza, impresionado—. A cualquier otro ya se lo habrían cargado.

Miré a mi amigo, observándonos apoyado en el palo de la fregona con aire desenfadado.

—Habla por vosotros. Algunos continuamos cooperando con ellos desde las sombras sin que nadie se dé cuenta —replicó ella.

De manera automática, mis ojos se clavaron de nuevo en los de Cayetana.

—¿Trabajas para la DEA? —Puedo prometer que pretendía sonar más sorprendido que despectivo, pero no me fue posible.

Sin pruebas y sin una explicación coherente seguía sonándome todo a cuento chino. Por suerte para mí a ella no pareció importarle.

—No exactamente —me respondió—. Digamos que Raúl, Damián y yo no somos más que el daño colateral de las decisiones de nuestros padres. Y, al ser asesinados en el entorno o por hombres afines al **cártel**, nos hemos visto salpicados, involucrados o en la necesidad de seguir sus pasos. Excepto Alanna. Ella es ajena a todo esto. Decidieron mantenerla al margen desde un principio. Por su seguridad —aclaró—. Desgraciadamente le dio por seguir los pasos del que creía su padre. Pese a las reticencias de Caley, no nos pareció tan mala idea. ¿Dónde iba a estar más segura que en una comisaría, rodeada de polis y siendo una más? Pero nadie vio venir a Yago. Ni su traición. Y para cuando quisimos darnos cuenta ya era demasiado tarde.

El corazón me dio un vuelco y mis neuronas cortocircuitaron un par de segundos.

No supe discernir si no la estaba entendiendo o no quería hacerlo y no se me ocurrió otra manera de salir de dudas que preguntárselo abiertamente.

—Estás diciéndome que ¿Armando de la Cruz, el sicario más peligroso del **cártel** de Sinaloa, era un agente de la DEA

infiltrado? —Cayetana asintió sin siquiera pensárselo—. Entonces ¿su madre...?

—Es el único agente en activo que le queda a la agencia aquí, en España —me confesó no solo antes de que yo llegara a pronunciarlo, **sino** antes de que llegara incluso a procesarlo.

Me desinflé como un globo sobre el sillón.

—Joder —dejé escapar en un suspiro con la mirada perdida en su rostro, que se me antojó menos afilado que de costumbre y un poco más humano—. ¡Jo. Der! —exclamé buscando un atisbo de diversión en mi amigo, que desde la cocina y con una bayeta en la mano me observaba con un «te lo dije» impreso en el suyo.

De ser cierto, los motivos de José para poner a Cayetana al corriente de nuestros planes no es que hubieran sido buenos. ¡Eran buenísimos! Sin embargo, por el momento, la jefa no me había aportado ninguna prueba, por lo que también podría ser todo simple palabrería. O su verdad, en base a lo que le habían contado. ¿Habría alguien que realmente conociera qué era lo que estaba pasando o íbamos a trabajar sobre conjeturas o la información del primo del vecino del panadero?

—Hace cuarenta años no era como ahora. No había tantos procedimientos ni dispositivos como los que tenemos hoy en día y, en cuanto a la mujer... Bueno, digamos que la sociedad ha avanzado bastante con respecto a cómo se nos ve en un puesto como el mío, ocupado normalmente por hombres y para el que nosotras éramos consideradas poco cualificadas.

Quise dejarle claro que mi mentalidad no era tan retrógrada. Lo que podía tener o dejar de tener en contra de ella no tenía nada que ver con el hecho de que fuera mujer, **sino** con su procedencia, una división que parecía disfrutar castigando a sus propios compañeros sin tener en cuenta como atenuante que todos los días nos jugábamos la vida y que, sobre el papel,

seguir las normas parecía muy fácil. Pero como ella había cogido carrerilla la dejé continuar sin abrir la boca.

—La madre de Alanna solo llevaba un año como agente de la DEA cuando le propusieron infiltrarse entre las filas del **cártel**. Al no haber intervenido nunca en operaciones mediáticas a la agencia le pareció muy buena idea. Además, siendo mujer, ¿quién iba a sospechar de ella? —Se encogió de hombros como queriendo restarle importancia, pero sus palabras sonaron ácidas—. Todo estaba montado y preparado para que a través de un informador se presentara como el enlace de un magnate mexicano de dudosa reputación que podía ayudar a Santiago a blanquear el dinero de la droga —me explicó—. De esa manera, poco a poco, iría integrándose en la organización sin levantar sospechas y, lo más importante, ganarse la confianza del Chivo.

—Pero... Porque supongo que ahora es cuando viene el pero.

Cayetana sonrió ante mi suspicacia.

—Además de un hombre sin escrúpulos, Santiago era un paranoico. No se fiaba de nadie y para concertar una cita con ella exigió verse primero con el hombre para el que trabajaba.

—Dibujó un par de comillas con los dedos, subrayando lo que cualquiera podría leer entre líneas: que ese supuesto magnate no existía.

—No me lo digas. Enviaron a Armando para convencer a Santiago —me aventuré a decir.

Ella chasqueó la lengua negando con la cabeza. Lo que me hizo entrecerrar ligeramente los párpados, molesto con el restallido al sentir un pinchazo en las sienes.

—Casi. Pero no. Armando entró en el operativo mucho más tarde —me aclaró—. En esa ocasión se decantaron por un agente que trabajaba junto a él y que llevaba infiltrado en otra organización bastante tiempo como aliado de un **cártel** rival: el padre de Damián. Por desgracia, falleció en un fuego cruzado.

Hice un mohín con los labios y me encogí de hombros.

—No me suena —le confesé, llevándome de nuevo los guisantes congelados a la mejilla para que dejara de palpitarme la mitad de la cara, a consecuencia de los puñetazos de Raúl.

El caso era que el nombre de Damián no me era del todo desconocido. Seguro que aparecía en los informes de Pandora que Alanna había dejado en la mesilla de mi habitación, pero no era capaz de ponerle cara.

—¿Estás seguro? Porque me consta que es uno de los hombres que Raúl ha enviado para recoger a su hermana.

De inmediato, a mi mente vino la imagen del capullo que se la había llevado en brazos y, de manera inconsciente, apreté la mandíbula.

No tenía la certeza de que fuera ese tipo, pero por alguna extraña razón mi instinto lo tenía muy claro.

José pasó cojeando por nuestro lado con el cepillo y el recogedor en la mano para deshacerse de los cristales del ventanal desperdigados por todo el salón.

—¿Cuándo entró Armando en la ecuación? —le pregunté con ánimo de reconducir la conversación y dejar de pensar en ese imbécil.

—Años más tarde. Cuando la madre de Alanna ya estuvo por completo integrada en la organización de Santiago y a él le dio por ampliar el negocio. —Sonrió con la mirada perdida en los propios derroteros de su mente—. El Chivo, además de un sanguinario, era muy supersticioso. Cualidad de la que ella se dio cuenta muy pronto y que no dudó en utilizar a su favor para reforzar su falsa identidad como fiel devota de la Santa Muerte. —El rostro de Cayetana se iluminó con luz propia. Podría decirse que estaba realmente impresionada y orgullosa de esa mujer. Casi tanto como comenzaba a estarlo yo—. Ayudándose de sus contactos en la agencia avisó a Santiago de un

par de operaciones policiales en las que el Chivo habría perdido grandes cantidades de capital de no ser por sus advertencias —me explicó.

Muy audaz. No obstante, sabía que estrategias como esa solían levantar ampollas entre los altos mandos. Sobre todo, entre aquellos a los que se les había olvidado lo que era el trabajo de campo tras años acomodados en sus enormes despachos.

—¿Eso no les molestó? —Dejé los guisantes sobre la mesa de centro.

Se me estaba quedando la cara acartonada por el frío.

—Al contrario. Reforzó su confianza con el cártel. Lo que le permitió a la DEA tener un control absoluto de los movimientos de Santiago, así que, cuando él le comentó que quería trasladar parte del negocio a España, ella le ofreció un perfil de hombre que el Chivo no pudo rechazar.

—A Armando —resolví.

Me reacomodé en el asiento, dolorido.

—Maverick, ¿estás bien? —Asentí, aunque la verdad era que me encontraba fatal—. Vale, eh... Como infiltrado desde hacía varios años en la misma organización que el padre de Damián, Armando ya disponía de una identidad y una reputación en el mundillo—continuó, no muy convencida con mi respuesta—. No le fue muy difícil hacerse con un hueco en el CDS y, en cuanto llegaron a España, buscaron la colaboración de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Necesitaban refuerzos por si eran descubiertos.

—Supongo que ahí fue cuando entró en juego tu padre —gruñí, buscando con el trasero una postura en la que no me molestaran los golpes que había recibido por parte de Raúl y que tenía esparcidos por todo el cuerpo.

—Sí. Así es. Como comisario en la Interpol se le adjudicó la tarea de ser el enlace entre la agencia y nuestros hombres. Oye,

¿seguro que estás bien? —Hizo el amago de acercarse, pero se quedó apoyada en el borde del sofá con el ceño fruncido.

—Ajá —asentí, con los párpados entrecerrados—. Solo me duele un poco la cabeza.

—Podemos dejarlo para otro momento —me propuso ella.

—No. No. —Apoyé el codo sobre el reposabrazos y me froté los ojos con el dedo índice y pulgar.

Cogí aire por la nariz de manera pausada para después soltarlo bruscamente.

—Alanna está bien. Ella estará bien —me aseguró.

José se acercó cojeando con el recogedor repleto de cristales en una mano.

—Maverick, deberías descansar —intervino, con el cepillo en la otra—. ¿Por qué no te tumbas un rato? No has pegado ojo en toda la noche.

Tenía razón. Ambos la tenían, aunque a ella no iba a dársela.

Necesitaba dormir para despejarme y poder rendir al cien por cien. Sin embargo, sabía que no sería capaz de hacerlo mientras las dudas y la preocupación me asaltaran cada dos por tres. Eso sin contar el sentimiento de culpa que se me había adherido al pecho desde que se la llevaron.

Por mucho que Cayetana me asegurase que la morena estaba bien y que José pareciera conforme con su simple palabra, todavía me hervía la sangre al no tener noticias de ella.

Me urgía verlo con mis propios ojos para quedarme tranquilo y dejar de sentirme tan impotente.

—No te preocupes. Estoy bien —le aseguré.

Mentira cochina. Pero podía más la incertidumbre que el dolor o el cansancio.

—Como quieras. —Me dio un apretón en el hombro y se acercó al cubo de basura para vaciar el recogedor antes de volver sobre sus pasos y continuar barriendo los cristales.

—Deberías, al menos, darte una ducha —me recomendó Cayetana—. Alternar el agua caliente con la fría te vendría bien. —Se reacomodó de nuevo en el sofá y cruzó las piernas—. Conozco los golpes de Raúl y sé que pueden dolerte durante semanas.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Repasé su cuerpo de arriba abajo, reprobando durante el recorrido cualquier tipo de relación que pudiera tener con ese imbécil.

No iba a engañarme. A tenor del corto pero intenso contacto que habían mantenido estaba claro que esos dos se conocían bien, pero que muy bien. Si no, ¿a cuento de qué se había mostrado tan confiada? Porque una cosa era ser valiente y otra muy diferente ser un temerario. Y a mí el manotazo que le había dado en el cañón para apartarlo de nosotros me había parecido más lo segundo que lo primero. Salvo que su relación con Raúl fuera más estrecha de lo que me quería hacer creer.

Alancé de nuevo la bolsa de guisantes y volví a colocármela en el moflete.

—No tengo nada que ocultar, Maverick. —Se encogió de hombros, curvando la comisura de los labios hacia abajo—. Conozco a Raúl desde que éramos unos niños. Podría decirse que él, Damián y yo nos hemos criado juntos y, aunque parezca que estamos en orillas diferentes, en realidad todos remamos juntos en el mismo barco. —Se llevó la mano al interior de la americana.

Del bolsillo sacó una fotografía ajada, pálida y con las esquinas demasiado estropeadas por el tiempo y el roce que no dudó en ofrecermelo como prueba.

En la instantánea aparecía su padre, al que reconocí por ser el mismo hombre que la acompañaba en la que tenía en un marco en la mesa de su despacho. Armando de la Cruz, al que no había conocido personalmente, pero del que teníamos todo un reportaje fotográfico gracias a los compañeros de Alanna que habían hecho las vigilancias y que descansaban bajo tierra.

La madre de Alanna, a la que se podía identificar con claridad al ser prácticamente un reflejo de su hija. Y un hombre por completo desconocido y que supuse que debía de ser el padre de Damián.

Todos ellos muy jóvenes, vestidos con sus relucientes uniformes pese a que apenas habrían rebasado los treinta y cinco años.

Armando, la madre de Alanna y el padre de Damián con los distintivos de la DEA colgando de la pechera y el padre de Cayetana luciendo con orgullo el escudo de la Policía Nacional. Sin embargo, a mí seguían sin salirme las cuentas.

—Y ¿el comisario Caley? —le pregunté, devolviéndole aquel recuerdo.

Quería poner a todos los involucrados en su sitio.

En sus ojos pude ver alivio cuando lo tomó de nuevo entre sus manos. Como si fuera un preciado tesoro que le agobiaba perder.

—Al comisario Caley lo reclutó Armando años después. Al poco de nacer Alanna. —Regresó la instantánea al bolsillo interior de su americana—. Cuando se hicieron esta foto ninguno de nosotros existía y a él no lo conocían. —Sonrió sin ganas.

Dejé de nuevo la bolsa de guisantes sobre la mesa de centro. Apoyé los codos sobre las rodillas y me froté el rostro con ambas manos y mucho cuidado de no presionar demasiado. No me apetecía ver las estrellas.

La imagen no estaba trucada. Tenía más de treinta años y me la había entregado en papel.

Al tacto podía apreciarse que era original. Y era muy complicado adornar una prueba así, pero no imposible. No obstante, mi instinto me decía que había más. Mucho más. Algo que Cayetana no estaba contándome, que estaba maquillando, edulcorando o yo qué sé.

Elevé el rostro y la escudriñé con la esperanza de dar con lo que fuera que me alentaba a no fiarme de ella.

—Esa fotografía no demuestra nada —le aseguré—. No sería la primera vez que unos cuantos polis corruptos, con las manos metidas todos en la misma mierda, se reúnen. Es más, eso explicaría que se hubieran acercado a Caley o que vayan a por su hija —argumenté, dándole la vuelta a lo único que me cuadraba con las confesiones que Alanna me había hecho en ese mismo salón la noche anterior.

Por alguna extraña razón a la morena sí que la creía.

¿Por qué? No tenía ni idea. Sin embargo, su presencia no me inquietaba como la de mi nueva jefa. Al menos, no de la manera en la que lo hacía mi superior.

Carraspeé, evitando sonreír de medio lado al recordarla desnuda y con el trasero en pompa sobre mi cama.

Cayetana me sostuvo la mirada, incrédula.

—Claro. —De sus labios escapó un ligero bufido a caballo entre la risa y el escepticismo—. Y también podrían ser los disfraces para la comparsa de carnaval de ese año, ¿no te parece? —puntualizó con irónica acidez y con las ganas de reventarme la cara a hostias impresas en su rostro—. Mira, todo lo que te he dicho es cierto. Nuestros padres eran agentes. Raúl, Damián y yo somos agentes. Por eso la magnífica idea de Alanna hace aguas por todas partes. No podéis entregarlos porque estamos todos en el mismo equipo, Maverick. Lo único que conseguiríais sería buscarnos un problema aún mayor.

Se levantó del sofá como el que está tomándose un café con un amigo y se da cuenta de que se ha dejado la comida en el fuego. Dio una vuelta sobre sí misma y clavó sus fieros ojos en mí con tanta crudeza que, de disparar puñales, no lo habría contado.

—¿Tienes la menor idea de lo que supondría? —Volvió a la carga con su argumentación, pero con un tono más crispado y autoritario—. ¿Te imaginas lo que pasaría si a los nuestros se les ocurriera procesarlos? —Negó con la cabeza, respon-

diéndose ella sola y sin darme la oportunidad de intervenir, continuó con su defensa—. ¿Cómo crees que podríamos tapar un escándalo así?

Sin la más mínima intención de intimidarla, me levanté para quedar a su altura, pese a que le sacaba una cabeza. Lo que la obligó a alzar la vista.

No iba a dejar que me echara la bronca como si fuera imbecil. ¡Claro que comprendía la gravedad de la situación! ¡No era estúpido!

—¿A eso es a lo que nos dedicamos ahora? ¿A cubrir sus mierdas para evitar un escándalo? —contraataqué—. Respóndame solo a una pregunta, señor —añadí, confiriéndole un deje asqueado a la manera a la que le había ordenado a García que se refiriese a ella cuando le pidió que acompañara a José, tras ser curado por la mujer que había entrado en nuestra casa, que había robado los papeles de Alanna y de la que todavía no teníamos noticias—. ¿Sus expedientes también forman parte de la misma tapadera? Porque han llegado muy lejos, ¿no le parece? —argumenté, sabiendo que las muertes que les imputaban bien podrían ser falsas. Sin embargo, sí que habían traficado con droga.

Como agente comprendía que cuando uno se infiltraba tenía que tomar decisiones que iban en contra de sus principios. Pero de ahí a alimentar el narcotráfico en las calles del país al que un día le juraste que protegerías a sus ciudadanos había un trecho enorme.

José, que había continuado de un lado para el otro adecentando el salón, se apoyó en la isla de la cocina al ver que la conversación subía de tono y que ninguno de los dos parecía dispuesto a dar su brazo a torcer. Todo lo contrario. Daba la impresión de que en cualquier momento íbamos a liarnos a hostia limpia.

Se acercó a Cayetana, la sujetó por la muñeca y tiró de ella para que entre nosotros corriera un aire que se paladeaba denso, violento e irritado en exceso.

—¿Por qué no nos relajamos un poco? —intervino.

Ella apretó los puños, dio un paso hacia atrás y de un brusco ademán se soltó.

—Mi padre dio la vida por esta operación —siseó entre dientes señalando con el dedo la tarima, ignorando por completo a mi compañero y focalizando su ira hacia mí, como si mi amigo no existiera y no lo tuviera detrás, prácticamente pegado a su espalda—. No pienso dejar que ni tú ni nadie la ponga en riesgo, Reyes.

Justo cuando la jefa parecía que comenzaba a mostrar su verdadera identidad llamaron a la puerta.

—Deben de ser los compañeros de Científica —repuso José, sin llegar a moverse.

En un pestañeo, Cayetana volvió a adoptar su habitual porte autoritario. Ese que le confería el apodo de Dama de Hierro.

—No creo. Serán los de Balística —dijo ella—. Déjales pasar —le ordenó, desafiándome con la mirada una última vez antes de darme la espalda—. Solicité que vinieran para saber el punto exacto desde el que se ha producido el disparo. Necesitamos encontrarlo si queremos dar con el francotirador antes que Raúl.

—Y que ese cabrón no lo mate —añadí yo, terminando por ella una frase que, a mi parecer, había quedado inconclusa.

De camino a la entrada, José se volvió para suplicarme en un ruego silencioso que, por favor, dejara de meter el dedo en la llaga hasta que no estuviéramos solos y pudiéramos hablar.

—Raúl no es un burdo asesino —silbó ofuscada, sin tomarse la molestia de girarse para enfrentarme. No obstante, bajo la tela de la americana sí que pude apreciar cómo se le tensaba la espalda.

Dejé escapar un suspiro y puse los ojos en blanco. Estaba claro que o él disponía de más información o de alguna u otra manera ella había conseguido convencerlo de lo que, a todos los efectos, a mí seguía pareciéndome una locura, que estaba por completo fuera de lugar y que iba en contra de todo por lo que nos jugábamos la vida todos los días. Sin embargo, la vida de Alanna ahora dependía de ellos.

De entregarlos y desmontar la tapadera de su familia y todo el que operaba para ellos podría ponerla en riesgo.

La morena era inocente.

De eso seguía sin tener la menor duda.

Como tampoco iba a negar que Cayetana era una mujer camaleónica. No obstante, ocultaba algo. Y tarde o temprano averiguaría el qué.

